

Capítulo XLVI.

Donde Colon habla á los reyes y disipa sus dudas.

El 12 de Julio de 1496 escribieron los reyes una carta á Colon dándole la enhorabuena por su feliz arribo, é invitándolo á pasar á la córte, que estaba en Búrgos.

Esta epístola, concebida en los términos más halagüeños para el almirante, disipó en cierto modo su tristeza, porque habia notado desde luego, al desembarcar en tierra, que el entusiasmo que al regresar de su primer viaje habia producido se habia amenguado mucho.

Considerábase en desgracia con los soberanos, no dudando que Aguado habia influido en contra suya, y no podia prometerse frases tan lisonjeras como las que los reyes le prodigaron en su carta.

A pesar de todo, comprendió que tenia que luchar con sus adversarios, y resolvió partir á Búrgos, pasando antes por Sevilla para recoger á los indios y presentarlos á los monarcas, al mismo tiempo que el oro y las preseas que habia adquirido en las Indias.

Conocedor del mundo, para reanimar el entusiasmo que en otro tiempo habia producido su llegada, quiso en su viaje hacer ostentacion de sus conquistas, y se detuvo en casi todas las ciudades que hallaba al paso, paseando por ellas á los indios con sus ricos y originales trajes, al mismo tiempo que ostentaba el oro y los demás productos del Nuevo Mundo.

Entre los indios iba Manicaotex, hermano de Caonabo, y un hijo suyo de diez años de edad.

Muerto el feroz cacique del Cibao, consideraba Colon á su hermano como su legítimo sucesor, y le ofreció llevarle en su compañía al volver á la isla, para dejarle en libertad y darle posesion de los estados que le correspondian por legitima herencia.

Al entrar en las ciudades mandaba Colon poner á Manicaotex un collar de guaninos y una cadena de oro que, segun testimonio de un historiador fidedigno, pesaban seiscientos castellanos (S).

La acogida que en todas partes dispensaban á Colon era más que de entusiasmo, de curiosidad.

No se hacia ilusiones, y veia su estrella próxima á eclipsarse.

Mientras que él avanzaba hácia Búrgos, el obispo Fonseca movia los hilos de su intriga para desprestigiarle por completo.

Aguado llegó secretamente á su palacio, le enteró de la conducta que habia observado, de la actitud humilde que habia tenido respecto de él el almirante; le dió á leer la detallada investigacion que habia hecho de todos sus actos, con el testimonio de infinitas personas, que en nada le favorecian.

Habia bastantes datos para minar la reputacion de Colon.

Pero el mismo Fonseca, á pesar de ódio que le profesaba, no podia ménos de reconocer su gran talento, y al ver lo resuelto que estaba á presentarse á los reyes, temia que emplease argumentos deslumbradores para destruir el efecto que pudieran causar en el ánimo de los reyes las acusaciones que se leian en aquel escrito.

—Yo estoy resuelto,—dijo Aguado,—á aprovechar el tiempo que emplee el almirante descansando en la Rábida, para presentarme á los reyes á darles cuenta de mis investigaciones.

—No sé hasta qué punto conviene dar ese paso; los reyes os nombraron investigador, creyendo que profesabais gran amistad al almirante. Querian noticias ciertas, pero adquiridas por un amigo. Lo que habeis hecho, no sólo prueba celo, sino exagerado rencor hácia la persona del almirante; y como interesa á la patria, y conviene á los reyes saber la verdad para que desistan de esas locas empresas, cuyos resultados son tan exíguos, por no decir onerosos, yo creo que seria más oportuno, y sobre todo más eficaz, renunciar á presentar á sus majestades esa lar-

ga sumaria, despues de la cual es necesario residencia y castigar á Colon (lo que no harán los reyes por ahora), y escribir otra más hábil, más intencionada, dando á entender que la conducta de Colon ha sido buena, que sus deseos y sus aspiraciones no han podido ser más laudables, pero que desgraciadamente el afecto que le inspiran aquellos territorios, á los que debe su gloria; la obcecacion que padece, creyendo conseguir la amistad de aquellos habitantes, que siempre serán hostiles á sus dominadores, hacen de todo punto estériles los sacrificios que el establecimiento de la colonia y su conservacion imponen á la madre patria. Tiempo tendremos de recurrir á las acusaciones testimoniadas que traeis, cuando la ocasion llegue.

Aunque á pesar suyo accedió Aguado á este péfido consejo: trazó una memoria de todo lo que habia visto en el sentido que le habia indicado el obispo Fonseca, y presentándose á sus majestades, les dió cuenta de su cometido.

Por más que no fueran satisfactorias las noticias, era para la reina Isabel tan competente, tan respetable, tan grandiosa la figura de Colon, experimentaba una satisfaccion tan viva al ver la gloria que le debia su trono, porque todos los demás reyes la habian felicitado por sus conquistas en el Océano, que deseando oír al almirante antes de tomar un acuerdo definitivo, le escribió cariñosamente, rogándole que se presentase en la córte, y calmó la ansiedad del rey, que, poco satisfecho de los resulta-

dos de la expedición, estaba muy dispuesto á oír á los calumniadores del almirante para renunciar á aquella empresa que, no sólo no aumentaba los recursos de la corona, sino que absorbía cantidades crecidas, que en aquella ocasión podía emplear en soldados y municiones para las guerras que sostenía en Italia contra los pretendidos derechos que defendía el rey de Francia, y el lujo y ostentación con que quería vivir para enlazar á los infantes con los herederos de las dinastías más principales de Europa.

Aguado no quiso estar presente cuando se celebrara la entrevista de los soberanos con el almirante, y pidiéndoles licencia para descansar, se retiró á Valladolid.

Pocos días después de su partida llegó Colon á Burgos con todo su séquito, y el obispo Fonseca, á pesar del odio que le profesaba, para que no pudieran tildarle de animosidad, salió á recibirle y le colmó de atenciones.

No bien llegó Colon á su alojamiento, Fonseca con toda sagacidad hizo comparecer ante su presencia á uno de los jóvenes que acompañaban al ilustre marino, llamado Santiago Manrique, y que Aguado le había indicado podía por él saber cuantas noticias quisiese del viaje.

Aguado de antemano había aleccionado al joven; así es que su ilustrísima encontró conformes en todo las contestaciones de Santiago Manrique con las noticias que antes le habían suministrado.

—Jóven,—le dijo,—estoy satisfecho de vuestras contestaciones, pues concuerdan con las noticias que ya tenía. Retiraos á vuestro alojamiento, y por vuestro bien os aconsejo á que no digais á nadie que me habeis visto ni me habeis hablado.

—Juro, ilustrísimo señor, que nadie sabrá que he tenido la alta honra de ver á su ilustrísima y besar su anillo,—dijo el joven inclinándose.

—Fonseca dió á besar el anillo al joven, y este se retiró á la posada donde se alojaba Colon, no sin haber recibido antes una bolsa llena de oro, como prueba de la munificencia del obispo.

Colon estaba rodeado de traidores. Albergaba en su pecho culebras que después de haber vivificado con el calor de su seno debían clavarle sin piedad la ponzoña de la más negra ingratitud y perfidia.

Deseaban los reyes ver cuanto antes al ilustre marino, y la amabilidad con que les saludaron le indemnizó de la indiferencia con que las demás clases de la población acogieron su llegada.

—Sé,—dijo Colon,—que poderosos enemigos me han calumniado á los ojos de vuestras majestades.

—Olvidales,—dijo la reina.—Si por un momento dimos crédito á sus calumnias, al saber que lo eran los castigamos, y hoy sufren su condena en el destierro ó en la prisión.

—Si de algo valen mis servicios,—dijo Colon,—sólo un favor pediría á vuestras majestades.

—¿Qué quieres?

—La libertad, el perdón de esos infelices.

—Propia es de una alma generosa esa súplica,—dijo la reina,—y ni mi augusto esposo ni yo queremos negaros esa gracia. Hoy mismo se darán las órdenes de su perdon.

En seguida refirió el almirante á los reyes todos los pormenores de su viaje, les presentó á los indios, que contemplaban asombrados tanta magnificencia, y les mostró las grandes cantidades de oro que habia adquirido, y multitud de collares, brazaletes, amuletos y diademas de oro que habia ocupado á algunos caciques.

—Estos son los argumentos que tengo que oponer,—dijo Colon,—á los que me calumnian.

—Sin embargo,—dijo el rey,—todos opinan que no son esas tierras tan ricas como suponeis.

—Siempre he creido que abrigaban en sus entrañas grandes cantidades de oro. Poco antes de venir he descubierto las minas de Hayna, en donde ese metal se encuentra con una abundancia sorprendente. Fiense vuestras majestades de mi buena fé, otórgueme licencia y recursos para emprender una larga expedicion, y yo aseguro que muy en breve cesarán las calumnias, porque habré traído tanto oro que la riqueza se aumentará poderosamente y el bienestar que todos disfruten inspirará mayor benevolencia para mí.

—Sí, sí,—dijo la reina,—yo os ofrezco proporcionaros recursos para una nueva expedicion.

—Siempre que sus resultados no se dilaten,—añadió

dió el rey,—porque hoy más que nunca necesito que estén desahogadas las arcas del tesoro.

—Por de pronto,—añadió Colon,—yo estimaria que vuestras majestades dispusiesen la partida de dos buques con provisiones para la colonia. Mi hermano Bartolomé está en ella, y vale más que yo. Seguro de poder explotar los triunfos que ya he conseguido, con seis carabelas más emprenderá nuevos descubrimientos y logrará probar al mundo entero que no son sueños, sino realidades mis esperanzas.

Ofrecieron los reyes á Colon satisfacer sus deseos, dispusieron que se verificara el bautizo de los indios con gran solemnidad, los hospedaron en palacio, y quisieron dar allí tambien habitacion al almirante; pero éste prefirió aguardar á que se preparasen las embarcaciones en donde debia partir al lado de sus queridos hijos.

Mucho tiempo tenia que esperar.

Muchos obstáculos tenia que vencer.

Pero aquella época de su vida, en medio de la zozobra y de la duda, fué un manantial inagotable de dulzura de su corazon, porque tenia el amor de sus hijos y la gratitud de Inés.

Diego se habia granjeado el aprecio de los reyes con las nobles prendas que le adornaban.

Era el amigo, el compañero predilecto del infante don Juan.

El primer dolor que habia experimentado en su vida, habia anticipado en él la época de la reflexion, del juicio, y contrastaba la profundidad de sus pen-

samientos con la juventud que brillaba con toda su lozanía en su agraciado rostro.

Fernando era el retrato de Beatriz, de aquella angelical mujer que tanto le había amado, que tantos sacrificios había hecho por él.

Se había despertado á la vida en los momentos en que Colón, su padre, volvía por primera vez del Nuevo Mundo, en medio de las aclamaciones y de la admiración, enorgulleciéndose de tener tal padre.

Completaba la belleza de aquel cuadro doméstico la hermosa hija de Inés y de Beltran, la inocente Isabel, que quería como hermanos á Diego y á Fernando, y sentía hácia Colón afecto y gratitud.

De todo esto necesitaba para reponer su abatido espíritu y sufrir con resignación las intrigas que empleaban sus enemigos para oponer obstáculos á su tercer viaje.

Capítulo XLVII.

Los juegos de la fortuna.

Mala situación era aquella para España bajo el punto de vista financiero.

El rey don Fernando era ambicioso.

Con la esperanza de extender su poder, prodigaba los rentas del Estado en guerras, y mientras negociaba con el rey de Nápoles la posesión de la corona de aquel reino, proyectaba enlazar á sus hijos de una manera ventajosa, para que España llegase á ser lo que fué en el siglo XVI.

Al juzgar los actos de su época, podría asegurarse que ya soñaba aquel país que debía más tarde hacer exclamar á uno de sus sucesores: «que en sus dominios no se ponía nunca el sol.»

Hacia, pues, lo posible para formar la célebre